

A NUESTROS LECTORES

¿Sobrepoblación o mala fe?

A este año lo adjetivaron "mundial de la población". Los temores de Malthus han resurgido con la fuerza incontenible de dos mil millones de dólares enfermos de enfermedad contagiosa que el Banco Mundial dedicará al programa de reducción de la natalidad en los países subdesarrollados, —aparte de los cientos de millones de bolsillos particulares anualmente erogados provenientes de los centros capitalistas más conspicuos, con los mismos fines—, justo en el momento en que, después de una larguísima sequía, más severa en unos casos que en otros, varios de esos países se ven afectados por el hambre masiva y la peste, la especulación mercantil y la inflación más descaradamente aprovechada por todo tipo de *iniciativas y sectores*.

Las *fuerzas vivas* del capitalismo tienen una obsesión: detener el crecimiento de la población de los países pobres, detener la natalidad de los grupos más pobres de cada país, antes de que la proliferación sea tal que —dicen— provoque problemas políticos internos e internacionales que puedan llevar a la violencia.

Blandiendo el argumento de que no es el capitalismo sino el exceso de población lo que prepara el camino de la miseria, unos por susto, otros por el interés de imponer al mercado sus marcas de farmacotráfico y otros simplemente por envidia, todos a una, han usado los membretes de sus instituciones, asociaciones, colegios y universidades u oficinas para elevar la voz en nombre de la supervivencia de *la* especie, de *su* especie, a costa de los demás. No se han detenido ni ante la retrógrada voluntad de quienes se reproducen por dogma ni ante la urgente necesidad de quienes se reproducen por gusto o casualidad.

Como quien da un consejo a un menor de edad, con la benevolencia y dulzura de un préstamo atado en una mano y el es-

pantajo de la sobrepoblación en la otra, los voceros de la oligarquía imperialista pretenden sacudir nuestras conciencias: ofrecen la tesis de la pobreza causada por el ejercicio excesivo de la procreación, cuyo resultado se traga los "beneficios marginales" obtenidos en el proceso de desarrollo dirigido por las empresas trasnacionales en connivencia con las oligarquías locales.

Por eso, antes de que el odio —incontenible de suyo— a la procreación tenga efectos prácticos irremediables, deben hacerse las siguientes reflexiones: uno, que si se acepta que *somos* demasiados, resulta del todo evidente que el exceso no debe buscarse forzosamente, ni principalmente, ni únicamente, entre los pobres, sean países o individuos; dos, que la reducción de la población pobre reducirá las disponibilidades de brazos a salario de hambre, tan necesarios al capitalismo dependiente, con todo lo que ello represente para la división internacional del trabajo; y, tres, que aumentará la necesidad de reprimir a los trabajadores que, acuciados por el encarecimiento general, subsecuente a la reducción de brazos baratos, se verán lanzados a la legítima protesta.

Ante este panorama, es de dudarse que una política de restricciones a la población no lleve a otra cosa sino a detener la irracional industrialización dependiente y anárquica de hoy para, a cambio, reafirmar el capitalismo dependiente en condiciones de estancamiento absoluto y acompañado de aparatos represivos aun mayores que los actuales.

EL COMITÉ EDITORIAL

1º de mayo de 1974